

AMAR LA FOTOGRAFÍA

El 21 de abril llegué a medianoche, bajo una tormenta sombría, al Parador de Antequera. Era tardísimo y estaba agotada. Todo era oscuridad, lluvia y frío a mi alrededor. Sin embargo, nada más atravesar la puerta empezó la magia. En la habitación me esperaba una cena antequerana y los cinco catálogos de las ediciones anteriores del concurso al que acudía invitada como jurado. Me sumergí en ellos con ganas porque quería estar preparada para lo que me encontraría al día siguiente.

La primera sorpresa me esperaba en el desayuno. Santos y Raimon, mis compañeros de tribuna, son dos personas admirables cuya sabiduría y humildad me cautivó desde el primer café. Yo no sabía nada ni de confederaciones españolas, ni de federaciones autonómicas ni de ligas nacionales fotográficas. Aparentemente procedíamos de universos diferentes. Pero cuando nos pusimos a hablar de fotografía, cuando empezamos a deliberar sobre cada una de las series que la organización expuso ante nosotros, todo se sincronizó, como si nos conociéramos de toda la vida, como si hubiéramos hecho esto cientos de veces. Los tres amábamos esencialmente la fotografía, de una manera casi primitiva, alejada de tendencias y prejuicios. Y coincidíamos en todo.

Pasaban las horas como minutos, mientras asistíamos hechizados al baile de imágenes que Antonio Cabello, Fran Tejada, Antonio Espárraga y Pedro Serrano, el excelente equipo de ayudantes, puso en escena ante nosotros, con una coreografía invisible que Alfredo Sotelo dirigía entre bastidores. Ahí me llevé la segunda sorpresa del día. La organización de El Ojo de Antequera también amaba la fotografía, con una naturalidad y profesionalidad que apaciguaba la confusión. Amaban a los autores, cuidaban con cariño sus obras y hasta los embalajes en los que viajaban (si se deterioran, los mejoran). Amaban al público, al que invitaron a participar en un diálogo abierto cuya norma implícita fue el respeto mutuo, todos aprendiendo de todos. E incluso nos amaban a nosotros, al jurado, los malos de la película. Nos trataron de forma espléndida, nos mostraron el valioso patrimonio cultural que atesora su tierra y además, llenos de generosidad, nos escucharon con admiración y paciencia mientras retirábamos algunos de sus trabajos de la recta final. Una lección magistral de amor a la fotografía.

La tercera sorpresa del día estaba escondida en las imágenes. Eran cientos, procedentes de todo el país, presentadas impecablemente, rebosando ilusión y esfuerzo. Unas se mostraban tímidas, otras gritaban; unas abrazaban la poética, otras el compromiso; unas defendían la belleza, otras la reflexión... Pero las que estaban hechas con el corazón relucían más. Y se fueron abriendo paso entre las demás, entre las que aún no sabían mucho y las que sabían demasiado, entre los fuegos artificiales y los trucos de magia. Una estrella, dos estrellas, tres estrellas... Al final sólo quedaron Quico, Juan Luis, Katy y Leonardo. Y aunque no he tenido la suerte de conocerlos en persona apostarí, por lo que puedo ver en sus fotografías, que todos ellos también aman la fotografía. Porque sólo si se ama la fotografía, con honestidad, se pueden crear imágenes que emocionen.

Mónica Lozano

Texto publicado en el **Catálogo 2017** del VI Concurso Nacional de Fotografía "El Ojo de Antequera", editado por el Ayuntamiento de Antequera (Dep. legal: MA658-2017).